



## RELACION HISTÓRICA

en que se refiere la peregrina y trágica vida de la penitente  
anacoreta, la princesa de Brabante

# SANTA GENOVEVA,

SACADA DE LA VERÍDICA HISTORIA DE LA MISMA SANTA.

No canto fingidos hechos,  
ni invento falsas novelas  
que en doradas copas brindan  
estragos á la inocencia.  
Canto solo para dar

un diseño donde vea  
el mundo todo, que Dios,  
amoroso Padre, vela,  
favoreciendo al que sigue  
de sus preceptos la senda.

Canto la trágica vida  
de una singular princesa,  
cuyos prodigios agotan  
los rios de la elocuencia.  
De los duques de Brabante,  
cuya antigua estirpe régia  
produce con los laureles  
enlazadas las diademas,  
nació un ángel de hermosura,  
de los que naturaleza  
gasta un siglo en producir,  
pues en ellos solo ostenta  
acumular perfecciones  
que al sexo frágil desmienta.  
Por el agua del bautismo  
subió á superior esfera,  
siendo ángel de su alma  
la que en su cuerpo lo era.  
A petición de los duques  
su nombre fué Genoveva,  
aunque despues el de ángel  
se mereció por sus prendas.  
Crióse en la tierna edad  
dando tan sensibles muestras  
de su gracia y su donaire,  
que todos á competencia  
admiraban ver unidas  
en una edad tan tierna,  
discrecion de muchos años  
y de pocos la inocencia.  
Apenas empezó á andar  
cuando dió muy claras muestras  
que al retiro y soledad  
la destinaba su estrella.  
Con ese objeto á un jardín  
donde Flora y Amaltea  
empeñaron sus pinceles  
para ostentar su destreza,  
halló un sitio retirado  
entretejido de yerbas.

Allí formó una capilla  
de mil primores compuesta;  
despues hizo un altarito,  
que fué el ara donde empieza  
á ofrecer al Redentor  
primicias de su inocencia.  
Esta fué su diversion,  
y á su culto siempre atenta,  
no dió lugar á los juegos  
que lleva la edad primera.  
Así vivió entretenida  
hasta que su fama vuela  
por el orbe, despertando  
príncipes que la pretendan.  
Muchos al duque, su padre,  
con muy rendidas ofertas  
la pidieron por esposa.  
Solo pudo merecerla  
el gran conde Palatino  
Sigifredo, cuyas prendas  
aun mayores que la fama,  
compiten con su nobleza.  
Celebráronse las bodas,  
displicente Genoveva,  
que amaba más su retiro,  
y solo por obediencia  
trocó en brazos de himeneo  
el puro esplendor de Vesta.  
Vivieron algunos años  
disfrutando la riqueza,  
con que afable la fortuna  
les brindaba á manos llenas;  
hasta que le fué preciso  
á Sigifredo la ausencia,  
por reprimir el orgullo  
con que la africana secta  
intentaba enarbolar  
en la Galia sus banderas.  
No expresaré los suspiros  
con que sintió Genoveva

la marcha de su marido  
á tan peligrosa guerra;  
baste decir que le amaba,  
que el pecho donde amor reina  
más sabe sufrir la muerte  
que tolerar una ausencia.  
Tiene el conde un mayordomo  
á quien con extremo aprecia:  
á este encarga que cuide  
con esmero y diligencia  
de su esposa, pues él marcha  
dejando el alma con ella.  
Alegróse el mayordomo,  
y con traidora reserva  
ofrece rendido al conde  
atender á Genoveva.  
¡Oh, pobre inocente conde!  
¡ojalá que no te fueras,  
pues tienes mayor contrario  
en tu casa que en la guerra!  
Ausentóse, en fin, el conde,  
quedándose la condesa  
en cinta de pocos meses,  
y el mayordomo, que encuentra  
la ocasión que pretendia,  
soló á su furor la rienda.  
Primero disimulaba,  
por no atreverse á la esfera  
de tanto sol, contemplando  
que son sus alas de cera:  
mas, como nunca el fuego  
puede ocultar su fuerza,  
en muy estudiadas voces  
declaró á Genoveva  
la pasión que ocultaba;  
pero siempre la princesa  
disimulaba advertida,  
creyendo que á la insolencia  
suele ser freno el desprecio;  
mas se engañó, pues empieza

sin embozo el mayordomo  
á conquistar su pureza;  
hasta tanto que furioso  
un día en su cuarto entra  
con un puñal en la mano  
diciendo de esta manera:  
—Señora, no es atrevido  
el que fino amante llega  
á explicar aquel incendio  
que por sí se manifiesta.  
Yo vivo por tí muriendo,  
y por aliviar mi pena  
he resuelto declararme,  
pues es preciso que vea  
logrado el fin de mis ansias,  
ó que de una vez perezca  
á los filos de este acero:  
en tus manos, gran princesa,  
está mi vida ó mi muerte...

Aun no dejó Genoveva  
que acabara el mayordomo  
de declarar su insolencia,  
cuando con un santo enojo  
desató su pura lengua,  
diciendo:—Loco, atrevido,  
¿es esta aquella promesa  
con que ofreciste á mi esposo  
servirme mientras su ausencia?  
Vete de aquí si no quieres,  
indigno de mi presencia,  
que llamando á los criados,  
castiguen tal desvergüenza.

Ausentóse el mayordomo,  
mas como rabiosa fiera,  
intenta viles venganzas  
por ver frustrada su idea;  
y así un día á los criados  
llama con grande reserva,  
y les dice:—Amigos míos  
ya es preciso que mi lengua

publique lo que ocultara  
si tan público no fuera.  
Sabed, que rotas las leyes  
de cristiandad y nobleza,  
vive mal entretenida  
la princesa Genoveva,  
con un infame criado,  
hombre de muy baja esfera.  
La deshonra es ya notoria,  
y temo que el conde sepa  
lo que pasa en su palacio  
antes que yo le dé cuenta.  
Mi dictámen es que al punto  
este criado se prenda,  
y que en una oculta sala  
pongamos á la princesa  
hasta dar aviso al conde.

Ejecutó su sentencia  
el ingrato mayordomo,  
y envía con diligencia  
una posta, para que al conde  
del suceso diese cuenta.  
Dejemos marchar al posta,  
y vamos á la condesa.  
Apenas se vió encerrada,  
cuando en lágrimas deshecha,  
suspira quejosa al cielo  
implorando su clemencia.  
—¿Qué delito he cometido,  
decía con dulces quejas,  
oh Dios, para que así trates  
á esta humilde esclava vuestra?  
Pero si es, Señor, tu gusto  
acrisolarme con penas,  
vengan más y más trabajos,  
que ya me doy por contenta  
en saber que yo padezco

por que Tú, mi Dios, lo ordenas.  
Mas creciendo sus fatigas,  
conoció de que se llega  
el parto, sin tener nadie  
que pudiese socorrerla;  
y así, sola, entre suspiros,  
entre sollozos y penas,  
dió á luz un hermoso infante  
heredero de su estrella;  
pues aun antes de nacer  
ya tenía la sentencia  
de muerte, que el mayordomo  
por culpar á la inocencia  
y dar color á su engaño,  
publicó que el niño era  
fruto de los torpes lazos  
en que estaba la condesa.  
Apenas le vió nacido  
sobre la desnuda tierra,  
la triste madre le dice:  
—Verdaderamente, apenas  
naces, hijo, cuando empiezas  
á padecer la tormenta  
en que naufraga tu madre,  
y has de ser en la tragedia  
cómplice de mi infurtunio,  
porque así el cielo lo ordena;  
y ya que en este desamparo  
no puede librarte, espera,  
te daré lo que más vale  
alistándote en la Iglesia.

En este devoto empleo  
dejemos á Genoveva,  
y en la segunda parte  
daré fin á la tragedia,  
de la penitente vida  
de esta gloriosa princesa.





en que se dá fin á la peregrina historia de la virtuosa princesa de Brabante Santa Genoveva.

Militaba Sigifredo  
contra la tropa agarena  
dando asuntos á la fama,  
y triunfos á sus banderas,  
cuando recibió del posta  
la carta en que le cuenta  
el mayordomo el enredo  
con que culpó á Genoveva.  
Apenas la leyó el conde  
cuando como cruel fiera,  
saliendo de sí furioso  
exclamó: — ¡Oh, vil princesa!  
¿Así miras por mi honor  
al tiempo que yo en la guerra  
con mi propia sangre añado  
nuevo lustre á tu nobleza?  
¿Es posible que así pagues  
el amor y la fineza  
con que siempre te he querido?  
¿qué se hizo tu firmeza?  
Mas, ¿qué es esto que me pasa?  
No, no es posible que quepa  
tal desórden en mi esposa  
más pura que las estrellas.  
Pero, ¿cómo no ha de ser  
si lo dice por mi afrenta  
ese infante, que es aborto  
de su torpe incontinencia?  
¡Oh, tirana! yo te ofrezco  
el darte la recompensa  
por tu loco devaneo.

Así dijo, y con presteza

escribió, y despachó al posta  
con una carta que entrega  
al mayordomo, en que el conde  
manda que con gran cautela  
al criado den la muerte,  
y que luego é Genoveva  
con el hijo que ha parido  
los retiren á una sierra  
donde les quiten las vidas,  
y que se traigan por señas  
de que queda ejecutado,  
la lengüa de la princesa.  
Alegróse el mayordomo  
con estas infaustas nuevas,  
y al punto le dió al criado  
una bebida en que beba  
sin ser sentida la muerte,  
y manda que á Genoveva  
le avisen que se prepare,  
que está su muerte muy cerca.  
Lleváronla la noticia  
á esta inocente princesa,  
y bañada en tierno llanto  
arroja al cielo sus quejas  
diciendo: — ¡Jesus piadoso,  
es justo que la inocencia  
padezca tales rigores  
á manos de la insolencia!  
Si acaso os he ofendido,  
pagué yo sola la pena;  
pero este inocente niño,  
¿qué culpa tiene, qué ofensa

pudo cometer naciendo,  
sino nacer de mí misma?  
¡Ay, hijo de mis entrañas,  
que has venido á pasar penas  
por nacer de una infeliz!  
Mas, detente, infame lengua,  
que quiero morir gustosa,  
supuesto que así lo ordena  
aquel Dios, á quien he dado  
de mi amor la mejor prenda.

Mientras esto, el mayordomo  
á dos criados ordena  
que con disimulo saquen  
hácia un bosque á la princesa  
con su hijo, y que á los dos  
les den la muerte que expresa  
en su carta Sigifredo,  
para vengar sus afrentas.  
Obedecen los criados,  
y á estos dos corderos llevan  
para ser sacrificados.  
Aquí enmudece mi lengua,  
aquí faltan los sentidos  
y el corazón titubea  
al oír el dulce llanto,  
los suspiros y las quejas  
con que humilde se despide  
de su casa Genoveva.

—Adios, hermanos, decia,  
adios, montes, adios selvas,  
adios, patria amada mia,  
adios, amigos, que es fuerza  
obedecer á mi esposo:  
llorad tristes mis exequias,  
y sedme fieles testigos,  
que mantuve la firmeza  
que á tal esposo debía.

Con esto llegó á la breña  
destinada para campo  
de tan funesta

Paráronse los criados,  
y la dicen,—Genoveva,  
como mandados venimos  
á ejecutar la sentencia  
que manda el conde tu esposo;  
y así es preciso que muera  
este niño y luego tú  
la misma suerte padezcas,  
dijeron, y al dar el golpe  
en aquella planta tierna,  
les dijo la triste madre:

—Detened si no sois fieras  
ese golpe, en mí primero  
ese agudo acero hiera,  
y no queráis que una triste  
duplicada muerte tenga  
viendo morir á mi hijo.  
Mas por alta Providencia  
los criados se conducen,  
y entre sí mismos conciertan  
dejar vivos á los dos  
en aquella oculta sierra.  
Así lo hicieron, llevando  
al mayordomo la lengua  
de un perro, con que ocultaron  
su compasiva clemencia.  
Quedáronse los dos solos  
en la intrincada maleza  
de aquel monte, sin tener  
más abrigo que las peñas,  
más amparo que el del cielo,  
ni mas compañía que fieras.  
Anduvieron algun poco  
al eco de una risueña  
fuente, que los convidaba  
con sus cristalinas perlas.  
Se acercó la triste madre,  
y reparó que allí cerca  
se ocultaba entre unas ramas  
una retirada cueva,

Alegróse por hallar  
algun sitio donde pueda  
reclinarse al tierno infante  
seguro de tantas fieras.  
Levantó al cielo los ojos,  
y agradeció con fineza  
encontrar algún amparo  
contra tantas inclemencias.  
En este tiempo repara  
que por la celeste esfera  
bajó un ángel que en sus manos  
trae la Imágen perfecta  
de JESUS Crucificado,  
y llegando á la cueva  
la dice en dulces palabras:  
— «Ea, amada Genoveva,  
por más penas que te sigan,  
por más trabajos que tengas,  
los endulzará JESUS  
con la sangre de sus venas.  
En El hallarás alivio,  
veslo, aquí lo dejo en prendas  
de que no te desampara;  
vive en Dios, con él te quedas.»  
Desapareciendo el ángel,  
quedó la santa princesa  
tan alentada, que todos  
los trabajos é inclemencias  
los llevaba con más gusto  
que su perdida grandeza.  
Así pasó algunos días  
manteniéndose con yerbas,  
con que llegó á tal estado,  
que perdida la belleza  
de su rostro, aun no era sombra  
de su antigua gentileza;  
pero lo que más la aflige  
es que la mucha abstinencia  
la debilita de modo  
que falta á sus pechos néctar

con que mantener al niño  
que con llantos y con señas  
le pedía de mamar;  
y acudiendo á la clemencia  
de Cristo Crucificado,  
reparó que hácia la cueva,  
se venía presurosa  
una muy hermosa cierva,  
y acercándose al niño  
de mamar le dió halagüeña.  
Con este raro prodigio  
se consoló Genoveva,  
y más viendo que dos veces  
en cada día, la cierva  
daba de mamar al niño.

Dejemos á la princesa  
y vamos á Sigifredo  
que, concluida la guerra,  
se volvía á su palacio,  
sin apartar de su idea  
la muerte que mandó dar  
á su amada Genoveva.  
Andaba siempre confuso  
culpando su ligereza  
de mandar quitar la vida  
sin examinar las pruebas.  
Los amigos le acompañan  
y piden que se divierta.  
A este fin dispuso un día  
irse á un bosque donde pueda  
divertir su pensamiento  
en la gustosa tarea  
de la caza, convidando  
á sus parientes; se acercan  
á un monte, y á pocos pasos  
descubrió el conde una cierva  
que medrosa se retira,  
y Sigifredo se empeña  
en seguirla, hasta tanto  
que se amparó de una cueva.

adonde llevaba al conde la divina Providencia. Desmontóse del caballo para hallar con más presteza la cierva que perseguía, y muy cerca de la puerta divisa un bulto, y dudando si era hombre ó si era fiera entre confuso y turbado le preguntó que quién era; entonces, anegada en llanto, le respondió la princesa: — Soy una infeliz mujer á quien trajo á esta aspereza el haber sido constante; y por excusar molestia digo de una vez que soy la princesa Genoveva.

Apenas la escuchó el conde, cuando postrado en la tierra, la pide que le perdone, diciéndola:— ¡Oh, gran princesa! yo soy quien tiene la culpa por creer con ligereza delitos donde no caben; perdóname, amada prenda, y á trueque de hallarte viva cesen pasadas ofensas. Convocó á los compañeros y del caso les dá cuenta. Vinieron á la ciudad, y con suntuosas fiestas celebraron el hallazgo del infante y la princesa.

Luego al punto mandó el conde que al mayordomo prendan, y que atado á cuatro brutos pague el infame la pena de haber supuesto un delito contra tan santa princesa. Poco el gusto les duró, porque la mucha abstinencia que por casi siete años padeció esta gran princesa, la redujo á tal estado que sin poder socorrerla llegó el trance de la muerte; porque es preciso que tengan su premio tantos trabajos y goce de gloria eterna. Sintiólo en extremo el conde, que fino amante quisiera morir tambien con su esposa por no morir de pena. Y viendo cuán poco dura de este mundo la grandeza, se retiró con su hijo á una penitencia austera, donde haciendo santa vida, fueron á gozar la eterna.

Esta es la admirable historia trágica de la princesa de Brabante, cuya vida la santa romana Iglesia nos propone para ejemplo. Pidamos que nos defienda de traidores enemigos y de tan nocivas lenguas.

MADRID.

Despacho de Marés y Compañía,

calle de Juanelo, núm. 19.